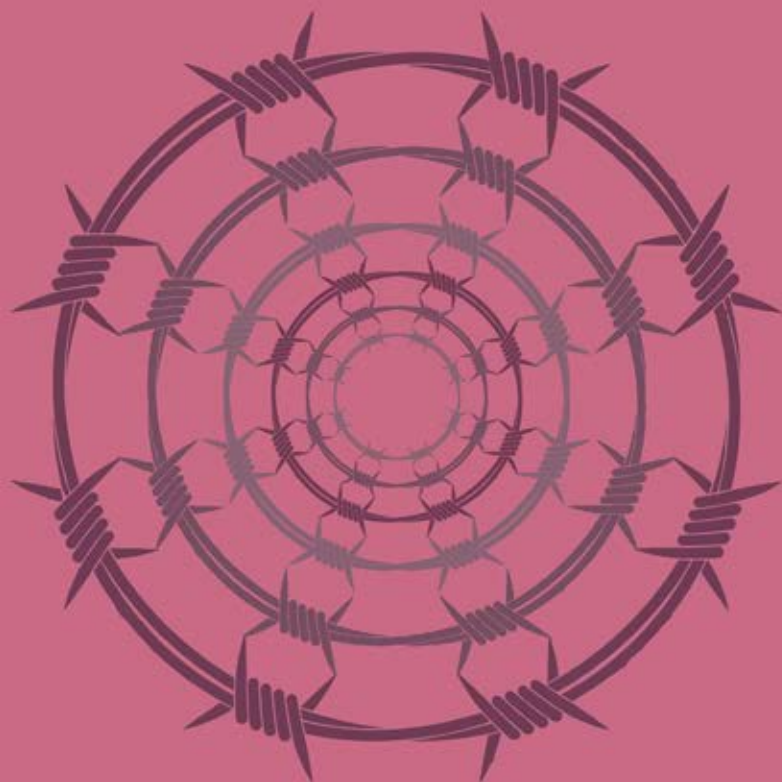


PSICOLOGÍA

MEDIACIÓN E INTERVENCIÓN DE LA PSICOLOGÍA EN SITUACIONES ACTUALES DE VULNERABILIDAD

Ruth Vallejo Castro
Joel Zapata Salazar
Hans Hiram Pacheco García
[coordinadores]



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA

MEDIACIÓN E INTERVENCIÓN
DE LA PSICOLOGÍA EN SITUACIONES
ACTUALES DE VULNERABILIDAD

Ruth Vallejo Castro
Joel Zapata Salazar
Hans Hiram Pacheco García
(Coordinadores)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA
MÉXICO, 2020

Este libro fue evaluado por pares académicos a solicitud del Consejo Editorial de la Universidad Autónoma de Sinaloa, según se establece en el Reglamento de la Dirección de Editorial, entidad que resguarda los dictámenes correspondientes.

Esta obra se imprimió con el apoyo económico de
Cátedras Nacionales CUMEX para la
XII Cátedra CUMEX de Psicología «Dra. Julieta Heres Pulido» 2018,
siendo sede la Facultad de Psicología de la
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Primera edición: febrero de 2020

D.R. © RUTH VALLEJO CASTRO, JOEL ZAPATA SALAZAR Y
HANS HIRAM PACHECO GARCÍA

D.R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA
Ángel Flores s/n, colonia Centro, Culiacán, 80000 (Sinaloa)
DIRECCIÓN DE EDITORIAL

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

ISBN:

Impreso y hecho en México

Contenido

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	13
La depresión y las crisis de ansiedad como situaciones de vulnerabilidad. Sus efectos en el ámbito clínico	19
<i>Herminia González Gaytán</i>	
Lo ineluctable de la violencia contra las mujeres: reflexiones psicoanalítico-feministas	37
<i>Flor de María Gamboa Solís y Adriana Migueles Pérez Abreu</i>	
La reprobación escolar: un ámbito de vulnerabilidad en el proceso educativo	57
<i>Blanca de la Luz Fernández Heredia, María del Carmen Farfán García, Enrique Navarrete Sánchez y Ana María Rivera Guerrero</i>	
Psicoeducación para la paz como deber ético ante las víctimas	79
<i>Patricia Lorena Martínez Martínez, María Tereza Santiesteban Contreras y Alberto Castro Valles</i>	
Estrés laboral, apoyo social y salud mental en policías municipales: un estudio comparativo	99
<i>Oliverio Leonel Linares Olivas, Cosme Francisco Maldonado Rivera, Mónica Adriana Vasconcelos Ramírez y Sonia Villagrán Rueda</i>	
Identidades culturales y juventudes	119
<i>Iris Rubi Monroy Velasco, Erick Ismael Romero Fonseca, Georgina Lozano Razo y Karla Patricia Valdés García</i>	

Identidades culturales y juventudes

IRIS RUBI MONROY VELASCO¹
ERICK ISMAEL ROMERO FONSECA²
GEORGINA LOZANO RAZO³
KARLA PATRICIA VALDÉS GARCÍA⁴

“Una sociedad que aísla a sus jóvenes,
corta sus amarras: está condenada a desangrarse.”

—KOFI ANNAN

LA HISTORIA DE LA IDENTIDAD CULTURAL

Antes de comprender y definir a la identidad cultural, habrá que realizar un recorrido histórico por las categorías que articulan el concepto: la identidad y la cultura, con el fin de comprender la complejidad que rodea ambos términos, las aproximaciones conceptuales que se hacen desde diversas disciplinas y cómo ambas categorías se unen para lograr un análisis profundo de los grupos etarios, específicamente, de la juventud.

ORÍGENES Y PRIMERAS CONCEPCIONES DE LA IDENTIDAD

La naturaleza misma del concepto es difusa y difícil de definir. Navarrete-Cazales (2015) opina que la identidad es aporética, porque es un concepto que es

¹ Profesora de Tiempo Completo. Facultad de Psicología. Universidad Autónoma de Coahuila. E-mail: iris.monroy@uadec.edu.mx

² Estudiante de la Licenciatura en Psicología. Facultad de Psicología. Universidad Autónoma de Coahuila. E-mail: ismatac@gmail.com

³ Profesora de Tiempo Completo. Universidad Autónoma de Zacatecas. E-mail: glozraz@yahoo.com.mx

⁴ Profesora de Tiempo Completo. Facultad de Psicología. Universidad Autónoma de Coahuila. E-mail: karlavaldesps@gmail.com

necesario para caracterizar a un sujeto pero, a su vez, es imposible de representarlo precisa o definitivamente.

Etimológicamente, la palabra *identidad* se deriva de los vocablos latinos “*idem*” que significa “igual” y “*entitas*” que significa “ser” (Jáuregui y Méndez, 2005). Como antecedente en la cultura clásica, los griegos interpretan a la identidad de una manera distinta, debido a su mentalidad en la que los hombres que hablaban esa lengua, suponían que la realidad era lo que estaba allí presente; por tanto, ellos definían la identidad como “Él es” para referirse a un sujeto que “vive aquí y ahora” (Daros, 2005, p. 32).

Los griegos consideraban que un hombre tenía identidad al creer en los mismos dioses que sus allegados, tener las mismas costumbres, hablar la misma lengua, entre otras cosas. Además, el hombre griego poseía una identidad múltiple al ser parte de una *fratria*, un *demos*, una *polis*, un *ethnos* y por último, al pueblo de los helenos (Tortorelli, 2015). Justamente estas prácticas en la actualidad hacen que la identidad de los sujetos se vaya formando y transformando, dado que van definiendo las relaciones con los otros.

LA IDENTIDAD: UNA VISIÓN INTEGRADA DESDE LAS CIENCIAS SOCIALES

Aunque el concepto de identidad es de especial interés para las ciencias sociales, aparece de manera reciente y, antes de 1968 resulta difícil de rastrear en los textos académicos. Sin embargo, se identifican insinuaciones implícitas al concepto en teorías de autores clásicos, como Marx, Durkheim y Weber (Giménez, 1997, 2016). A partir de mediados del siglo pasado, la psicología, las ciencias sociales, las humanidades y los estudiosos de la cultura, entre otros, empiezan a darle mayor relevancia al concepto de identidades, proponiendo así nuevos posicionamientos e interpretaciones que conceptualizaban a la identidad como cambiante, situada, histórica y relacional (Valenzuela, 2014).

A través de la identidad se articulan una buena parte de las categorías que las ciencias sociales estudian como: la cultura, normas, valores, estatus, socialización, educación, roles y clases sociales, entre muchas otras. Siendo tal el caso, la identidad constituye un elemento vital de la vida social (Giménez, 2016).

Cada una de las ciencias interesadas en el estudio de la identidad, a lo largo de la historia de su estudio, ha abordado la problemática y la explicación del concepto de diferentes formas y sus alcances. A continuación, se describe el

concepto de identidad en tres aspectos: la identidad personal, la identidad social y la identidad cultural.

La identidad personal: la aportación desde la psicología

La psicología ha abordado la identidad buscando la articulación entre la formación del individuo y los procesos sociales en los que el mismo está inserto (Valenzuela, 2014). Es importante abordar la psicología en este punto, ya que el desarrollo teórico de esta ciencia ha permitido que el concepto de identidad se estudie a mayor profundidad y se diversifiquen las perspectivas y puntos de vista que lo explican, tomando en cuenta el hecho de que el concepto de identidad se empieza a usar en el lenguaje académico a raíz de los planteamientos de Erik Erikson (Giménez, 1996; Mercado y Hernández, 2010; Quintana, 2016).

El término personalidad en psicología ha permitido que los teóricos argumenten sobre los elementos que configuran la manera de “*ser*” de un individuo. No obstante, en psicología, el enfoque clínico, que ha predominado por varios años incluso en la actualidad, ha hecho que el estudio de la personalidad se avoque al diagnóstico de patologías y trastornos de la personalidad (Fernández, 2012).

Las teorías clásicas, como veremos a continuación, tienden a replegarse sobre el individuo. Basan sus explicaciones en un sujeto que, si bien no se encuentra separado de un ambiente social, este no es un factor de gran peso a la hora de configurar una personalidad. Sin embargo, la psicología integrará el aspecto social en teorías que surgieron como superación de los clásicos.

Las teorías y modelos psicológicos se pueden agrupar en cuatro orientaciones (Íñiguez, 2001), las cuales tienen como fundamento teorías de autores clásicos en psicología. Cada una de ellas implica un posicionamiento diferente, a veces, una superación o reenfoque en el estudio sobre la identidad.

Biologicista

En esta orientación, los elementos fundamentales de la identidad se configuran desde la biología. Desde este posicionamiento se argumenta que los genes, neuronas y la bioquímica corporal tienen un carácter causal en la configuración de la personalidad y el carácter. A manera de antecedente, destaca la aportación de la clásica teoría de Hipócrates de las cuatro sustancias del organismo y

su influencia en la configuración de patrones específicos de comportamiento (colérico, melancólico, sanguíneo y flemático). Usando esta teoría como base teórica, Krestchmer y Sheldon buscaron catalogar a los individuos según su estructura corporal (Carver y Scheier, 2014).

A raíz de estos planteamientos, se propone la perspectiva de los rasgos. En ella, autores como Eysenck, Cattell y Guilford ofrecen explicaciones al fenómeno de la personalidad individual dándole peso a los rasgos, al funcionamiento cerebral y a características biológicas específicas (Carver y Scheier, 2014; Cueli, Reidl, Martí, Lartigue y Michaca, 1990). Eysenck es especialmente importante, pues su teoría se caracteriza por relacionar la personalidad con funciones biológicas. Él identifica dos súper rasgos que configuran la personalidad: el neuroticismo y la extraversión. A partir de esos rasgos, el autor argumenta que las diferencias entre introvertidos y extrovertidos se derivan de la manera en que se activa la corteza cerebral (Carver y Scheier, 2014).

De las principales críticas que se hacen a esta postura es que existe un reduccionismo biológico. Para el caso de este capítulo, sería imposible explicar la identidad de los jóvenes desde esta postura específicamente, dado que todos los elementos que configuran al individuo, tienen a segmentarse, reducirse y lo mantienen de forma aislada, como si las interacciones sociales que tienen no tuvieran cabida. Por ello, se continúa con otra mirada donde se trabaja a la identidad desde una idea “*interior*”, que se desarrolla a continuación.

Internalista

La segunda orientación, que Íñiguez (2001) señala, es la internalista. Este grupo de teorías, a diferencia de las biologicistas, colocan la explicación de la identidad en el “*interior*” del individuo, valiéndose para esto de conceptos e inferencias sobre la vida psíquica del sujeto.

En este apartado, la aportación principal la hace el psicoanálisis, una de las escuelas más importantes e influyentes en psicología. Vale la pena aclarar que no se hará una revisión exhaustiva de todos los psicoanalistas que aportaron al concepto de identidad o personalidad, sino que el análisis se centrará en los dos más influyentes: Freud y Erikson.

En general, la perspectiva psicodinámica conceptualiza la personalidad del individuo como el resultado de un conjunto de procesos que se encuentran en movimiento; la personalidad resulta de la síntesis entre fuerzas que luchan por

“obtener” el control del individuo (Carver y Scheier, 2014). Sigmund Freud, en su teoría de la personalidad, subraya firmemente el papel importante del inconsciente como la “fuerza” que influye en el proceso de formación y desarrollo de la personalidad (Kail y Cavanaugh, 2011). Él desarrolla un modelo estructural para comprender el inconsciente y la conducta humana. Este modelo explica que la personalidad está compuesta por tres factores que interactúan (yo, ello y super-yó) y le dan complejidad a la conducta. Estas tres fuerzas deben encontrar el equilibrio para poder obtener la buena adaptación y un desarrollo de la personalidad óptimo (Carver y Scheier, 2014).

Si bien es cierto que Freud hizo un marcado énfasis en la importancia del inconsciente y con ello pudo formular una de las teorías de la personalidad más influyentes, no sería sino hasta Erik Erikson que la teoría se volvería aún más amplia y contemplaría aspectos que Freud no había pensado en su momento. Además, este autor utilizaría conceptos clásicos del psicoanálisis, pero los complementaría con su énfasis en las determinantes sociales en el desarrollo de la personalidad (DiCaprio, 1989; Kail y Cavanaugh, 2011).

Erikson llama a su aportación “Teoría del desarrollo psicosocial” y con ella, se convertiría también en uno de los pioneros en el estudio del ciclo vital (Carver y Scheier, 2014). Dentro de la teoría, Erikson (1980) introduce el término “*identidad del ego*”, que será central en la misma y al cual define como la sensación conscientemente experimentada del yo que se deriva de las transacciones con la realidad social. Por tanto, al ser la interacción entre la persona y el ambiente una constante en la vida, el desarrollo de la personalidad no debería limitarse a los primeros 20 años de vida, como Freud concebía al desarrollo en su teoría clásica (Carver y Scheier, 2014; DiCaprio, 1989; Kail y Cavanaugh, 2011).

Para lograr el objetivo de llevar el estudio del desarrollo de la personalidad más allá de los primeros 20 años de vida, Erikson (1980) identifica y expone ocho etapas por las que el individuo pasa a lo largo del ciclo vital. La que más nos interesa abordar es la relacionada a la adolescencia, la etapa de *identidad del yo vs confusión de roles*. En esta etapa, el joven debe desarrollar un sentido duradero e integrado del yo. El antecedente de esta teoría es importante, ya que Erikson sería de los primeros en acercarse al fenómeno de la juventud y el desarrollo de las identidades dentro de esta.

Las críticas que se han hecho a las teorías psicoanalíticas han sido demasiadas y de diversa índole. Por supuesto que las intervenciones planteadas con los jóvenes que se trabajaron no parten del inconsciente ni se hace alusión a la vida inconsciente de ellos. Sin embargo, se retoma el planteamiento que hacen

porque, de alguna manera, este aporta al estudio de la identidad, pero no a las intervenciones que se desarrollaron. Las críticas que nos competen en la construcción de la identidad se centran en que el inconsciente es como una fuerza que controla la vida del individuo dejándole poca, si no es que nula, agencia y control sobre la existencia del individuo. Justamente las intervenciones que se hicieron con los jóvenes tienen que ver con la agencia que tienen para desarrollarse en su grupo de pares y en lo social. Por ello, la siguiente orientación supone superar el internalismo psíquico expuesto.

Fenomenológica

La fenomenología de la identidad en psicología hace un énfasis exhaustivo en el papel e importancia de la subjetividad y la conciencia en el proceso de formación de la identidad de un individuo. Desde esta perspectiva, la psicología ha heredado algunos conceptos centrales: la agencia, la conciencia y la psicología de la acción (Íñiguez, 2001). Las teorías fenomenológicas siguen un enfoque humanístico existencial que critica los modelos tradicionales, por los cuales los psicólogos han clasificado y explicado la conducta en términos biológicos o mecánicos (DiCaprio, 1989); ellos hacen uso de los términos centrales ya mencionados para expandir, reformular e incluso criticar las explicaciones acerca de la identidad. que los biologicistas y los internalistas exponen.

Según estos planteamientos, la identidad se forma en la subjetividad y solo en ella. A diferencia de las teorías internalistas, la identidad no dependería de un “*algo*” interno a la persona, sino de la propia interpretación que hace la persona sobre sus experiencias. También hacen hincapié en el papel activo que tiene la persona y la libertad de la que dispone para elegir su propio camino. En resumen, la identidad es una mezcla entre la consciencia de uno mismo, la agencia y el enfrentamiento de las limitantes del entorno social (Íñiguez, 2001). Desde esta orientación teórica destacan autores como Allport, Rogers, Maslow y Fromm. En especial, la teoría de Carl Rogers que habla de algunos de los elementos constitutivos de la fenomenología de la identidad psicológica.

DiCaprio (1989) enumera los constructos básicos de la teoría de Rogers, destacando los siguientes:

- *Tendencia a la actualización.* Al hablar de esto, Rogers se refiere al potencial de crecimiento innato que tienen las cosas vivientes para desa-

rrollar todas sus capacidades; la tendencia a la actualización impulsa al organismo.

- *Introyección.* Para Rogers, la personalidad se ve influida por introyecciones, es decir incorporaciones que el yo hace de ideas, normas y valores externos; según él, estas introyecciones influyen la toma de decisiones del individuo.
- *Respeto de la individualidad.* Este punto hace referencia a que el individuo debe ser considerado de manera positiva; hace hincapié en una *aceptación incondicional de la persona*.
- *Naturaleza dual del yo.* Aquí Rogers hace referencia al concepto que tienen las personas de sí mismas, “*yo ideal*”, y lo que las personas son en realidad, “*yo real*”.
- *Bondad básica del ser humano.* Rogers (contrario a muchas teorías clásicas) considera que las motivaciones y tendencias humanas son positivas.

La orientación fenomenológica tiende a ser fuerte con su crítica contra los internalistas. Como podemos ver, en esta orientación, los teóricos apuestan por un individuo positivo, con capacidades y potencialidades de desarrollarse y mejorar a lo largo del ciclo de vida, además de tener libertad sobre sus acciones y las consecuencias que estas traen consigo (Montaño, Palacios, y Gantiva, 2009). Al revisar este apartado, podemos darnos cuenta de que aún no existe un verdadero énfasis en la interacción, en el aspecto social de la persona. Desde la fenomenología de la identidad en psicología, el enfoque sigue siendo exclusivamente en el individuo y su interpretación del mundo y las experiencias.

Narrativa

Las teorías narrativas sobre la identidad son las que más énfasis hacen en el uso del lenguaje para la construcción de la misma. Para estas teorías, el ser humano es social; existe en un plano relacional en el que los otros le configuran a través del lenguaje y es a través del lenguaje que la identidad se va construyendo. Por tanto, el individuo es producto de un proceso social y se construye a través de procesos comunicativos (Íñiguez, 2001; Quintana, 2016; Torregrosa, 1983). En este apartado se revisarán los planteamientos de varias teorías: el interaccionismo simbólico y la psicología del *self*, además de abordar la perspectiva de Goffman sobre la identidad.

Desde el interaccionismo simbólico, la identidad es vista como un concepto múltiple, precario e inestable; es resultado de los procesos de negociación en las interacciones cotidianas, de ahí que se modifique constantemente (Giménez, 1996). Goffman, autor importante en esta perspectiva, argumenta que la identidad es una construcción social que emerge de la interacción con otros (Quintana, 2016). Esta es la postura desde la que se han desarrollado los trabajos de investigación con jóvenes en cuanto a la construcción de la identidad cultural. Goffman propone la división de la identidad (Goffman, 2006; Torregrosa, 1983) a través de:

1. *Identidad social*. Categorizaciones que se hacen de los individuos según lo establecido por el medio social; estas generan expectativas que los otros generan sobre uno y moldean una suerte de identidad que el individuo debe cumplir.
2. *Identidad personal*. A partir de las características genéricas que tiene un individuo y que le son dadas por la sociedad, este empieza a originar una imagen única y diferenciada de los otros individuos en tanto que puede ser identificado y reconocido por esos otros.
3. *Identidad del yo*. Difiere de la identidad social y personal; a diferencia de aquellas, esta se centra en las concepciones y valoraciones que la propia persona tiene sobre sí misma.

Otra perspectiva importante, desde esta orientación, es la psicología del *self*, siendo George H. Mead su autor principal. Mead pensaba que la persona es una construcción y estructura social, ya que surge en un contexto social. Sin embargo, para poder convertirnos en personas, el individuo debe participar en el acto social de comunicar; de esa manera, su interacción será recíproca y a través de esa reciprocidad, podrá tener conciencia de sí-mismo (*self*) (Torregrosa, 1983). Al incorporar el concepto de *self*, Mead diferencia dos estructuras por las cuales se forma la identidad y las relaciones entre el individuo y su sociedad: el *yo* y el *mí*:

- *Yo*: Es la acción del individuo frente a la situación social que existe dentro de su propia conducta.
- *Mí*: Es la serie de actitudes organizadas por los otros que adopta uno mismo.

El *self*, para Mead, contiene la capacidad de acción, actuación y prefiguración del *yo*, así como la interiorización de los otros y su influencia sobre la persona; por tanto en el *mi-mismo* se integran el *yo* y el *mí* que en conjunto, expresan lo individualizado y lo social (Valenzuela, 2014).

Este último apartado de teorías es el que más incluye elementos externos a la psicología. Aquí ya se integran los elementos de la vida social del individuo y el rol del lenguaje en las interacciones y en la configuración de la identidad de la persona. Esos elementos se han reconocido en las intervenciones realizadas en las investigaciones con los jóvenes de Coahuila, Estado de México y Texas. La teoría narrativa de la personalidad nos parece el posicionamiento más actual y pertinente dentro de las ciencias sociales, dado que considera dimensiones discursivas y sociales que en teorías clásicas no se habían contemplado o no se habían profundizado.

Analizar la identidad desde el discurso y las interacciones nos permite dilucidar de manera profunda el lugar y contexto en el que la misma identidad se encuentra situada. Al hacerlo, evidenciamos los complejos entramados sociales, culturales y del lenguaje, en los cuales estas identidades se construyen. A su vez, lograr esta profundidad en el análisis nos coloca en posición de articular la identidad a otros constructos y elementos de la vida social, siendo el de nuestro interés la identidad cultural.

Después de este recorrido histórico sobre las orientaciones que se tienen en psicología para enmarcar a la identidad, es necesario definir que este capítulo se compromete teóricamente con la última orientación en donde el joven se convierte en el agente esencial de interacción y se construye a través del discurso.

Más allá del individuo: la identidad social en sociología

Desde la sociología, el estudio de las identidades sociales (o colectivas) llega a América en la década de los 70 y responde al surgimiento de los movimientos sociales en esa época (Giménez, 1996); esencialmente, y debido al alcance de la ciencia en cuestión, la sociología aborda el concepto de identidad desde su dimensión colectiva, además de que se centra en los actores sociales. De esa forma, la sociología considera la identidad como una construcción subjetiva, determinada por un contexto social (Mercado y Hernández, 2010).

Puesto que la identidad no tiene una disciplina desde la cual se parta para su definición, en este caso también se le aborda desde diferentes ángulos. Por un

lado, la psicología nos ayuda a articular procesos individuales con un contexto inmediato, mediado por lenguaje e interacciones y la sociología nos ayuda a expandir el foco de atención y a analizar esta identidad en función a la clase social, el género, la cultura y los grupos a los que se pertenece. Es por ello que en este apartado se desarrollan los marcos de la identidad desde la sociología.

Por definición, las identidades sociales son “umbrales simbolizados y significados de adscripción/diferenciación y de pertenencia/exclusión, inscritos en contextos sociohistóricos y entramados en socioculturales específicos” (Valenzuela, 2014, p.17). La identidad social es, por tanto, producto de la pertenencia-comparación que implica la distinción entre las características que el mismo individuo tiene (percibe e integra en sí) y la diferenciación que eso le supone respecto a los demás. La sociología parece comprender la identidad en un sentido más subjetivo, distinto al punto objetivo y clínico que establece la psicología al hablar de “*personalidad*” (Giménez, 1997).

Como ya hemos expresado, se puede encontrar de manera indirecta las nociones de identidad en la obra de Durkheim, Weber y Marx; a la revisión agregaremos las aportaciones de Bordieu, Simmel y Habermas para obtener fuentes contemporáneas y más actuales. A través de sus estudios sobre suicidio, religión y cultura se puede observar las concepciones que Durkheim tenía sobre el individuo y la sociedad. Él consideraba dos “conciencias” (individual y colectiva) como elementos inseparables. La identidad es inseparable de los procesos de socialización y es síntesis de las “conciencias” (Vargas, 2014).

Desde la sociología comprensiva, Max Weber prioriza la subjetividad de los actores para la comprensión de estos mismos y de la sociedad en la que se desenvuelven. Es así como la identidad se explica y conforma con base a lo que Weber llamaba “tipos”, una herramienta metodológica que explora sentidos y significados otorgados por los individuos y los grupos en determinado contexto sociohistórico. Weber ve la identidad como resultado de las redes de significados que los individuos otorgan unos a los otros (Vargas, 2014).

Pese a que su teoría tiene una fuerte orientación hacia la economía, retomaremos sus ideas respecto al ser humano y la sociedad; efectivamente, Marx refiere que el ser humano es activo en las circunstancias a las que se enfrenta. Con su *materialismo histórico*, Marx resalta el papel de las condiciones históricas para comprender los fenómenos sociales. Por tanto, los individuos no deben pensarse como actores aislados, sino como un conjunto que vive bajo condiciones históricas y materiales. Ese pensamiento es la aportación más importante de Marx al estudio de la identidad (Gelles y Levine, 2000; Vargas, 2014).

Avanzando en el desarrollo de la sociología, desde un posicionamiento construccionista, Bourdieu establece el término de “*habitus*”. Este hace referencia a una especie de interiorización de las condiciones objetivas de existencia, que hacen posible la construcción de la coherencia intersubjetiva de experiencias colectivas e incide en la organización y definición de estilos de vida (Bourdieu, 1997, como se citó en Valenzuela, 2014). En Bourdieu, las condiciones objetivas ayudan a construir realidades sociales que organizan el desarrollo de esa misma sociedad.

Para Jürgen Habermas, la constitución del yo se refiere a “formas diferenciadas de relación entre cotidianidad y genericidad, mediaciones donde se define el vínculo entre orden social e individualidad” (Valenzuela, 2014, p. 19). En su definición, “*Haber más*” hace referencia a la interacción entre lo individual y lo social, debate que hace su aportación importante para definir la identidad social.

De todo el desarrollo teórico planteado, podemos rescatar para nuestro análisis de identidad, el rol de la sociedad en la conformación de la misma. Las intervenciones que se han hecho con los jóvenes denotan que es necesario conocer el contexto porque es quien va moldeando, modelando y desagregando los elementos culturales que los jóvenes incluyen a sus construcciones identitarias. Los individuos se desenvuelven en contextos específicos y diferenciados, determinados por la clase social, el género, la cultura, las condiciones históricas y territoriales. Es por eso que estudiar las identidades individuales no solo reduce la complejidad del fenómeno de la identidad, sino que ignora las múltiples dimensiones que abarca el término. Por ello, es importante situar el estudio y los esfuerzos de investigación en el contexto de los individuos, además de articular la categoría “*identidad*” a otros constructos y variables de la vida social. Esto permite ampliar las explicaciones que hacemos acerca de los individuos, comprendiendo desde ellos mismos sus condiciones de vida y los fenómenos que de estas condiciones se derivan.

La identidad cultural

Para dilucidar los elementos culturales que los jóvenes están incluyendo a su identidad cultural, es necesario hacer una remembranza de lo que es la cultura. Etimológicamente, la palabra cultura viene del latín *colore* que significa cultivar, en referencia a la agricultura, mediante la cual se dejó de ser nómada para transformarse en sedentario, ya que obliga a establecer un lugar fijo de habitación.

Respecto al origen del término “cultura”, Marafiotti, (1993, como se citó en Guerrero, 2002) observa que “se considera que fue Cicerón quien emplea por primera vez el vocablo *cultura* [al hablar de] cultura *animi*, cultura del espíritu, partiendo de la analogía que se encuentra con el cultivo de la tierra” (pp. 36-37). Avanzando en la historia, Guerrero (2002) señala que “la incorporación definitiva del término cultura, *kultur*, se da en Alemania a partir de 1850, con una doble aceptación: cultura subjetiva y cultura objetiva o histórica (civilización)” (pp. 39-40). Desde ese momento, el término cultura “será usado en el sentido de totalidad, como algo que pertenece a un colectivo social, un pueblo o toda la humanidad” (Guerrero, 2002, p. 40).

Simmel (1858-1918 en Ritzer, 2010) menciona que las personas están influenciadas, amenazadas, por estructuras sociales y lo que es más importante, por sus producciones culturales. Él distinguió entre cultura individual (subjetiva) y cultura objetiva. Esta última “se refiere a aquellas manifestaciones que las personas producen (arte, ciencia, filosofía); la cultura subjetiva es la capacidad del actor para producir, absorber y controlar los elementos de la cultura objetiva” (Monroy, Benjet e Ito, 2016, p. 86). Retomando a Simmel, Herskovits (1955) define la “cultura” como la parte artificial del medio ambiente. Sobre la base de esta definición, Triandis (1972) distingue la cultura objetiva y subjetiva. La cultura “objetiva” incluye elementos concretos y observables, tales como objetos (por ejemplo, herramientas, puentes), las instituciones y estructuras sociales. A su vez, la cultura “subjetiva” incluye categorizaciones (idioma), las evaluaciones, las creencias, las actitudes, los estereotipos, expectativas, normas, ideales, funciones, definiciones de tareas y los valores.

La revisión del concepto de cultura permite mostrar como este se ha modificado a lo largo del tiempo y la manera en cómo ha dado respuesta a las diferentes necesidades de cada época. Dos aspectos que cabe resaltar de los conceptos analizados, tienen que ver con: a) las prácticas que se comparten y, b) los significados que se comparten. Tanto antropólogos como psicólogos sociales y culturales dan relevancia a estos aspectos porque justamente estos elementos conforman y constituyen la cultura de los individuos. Hasta aproximadamente 1950, el punto de vista dominante, tanto en la antropología como en la psicología, era que la cultura está fuera de la persona. En la década de 1980, comenzaron a enfatizar que la cultura también está al interior de la persona (Shweder y Le Vine, 1984). En otras palabras, el punto de vista reciente es que la internalización de los aspectos de la cultura ha influido en todos los procesos

psicológicos (Vigotsky, 1987); este punto de vista lo promueven, sobre todo, los psicólogos culturales (Cole, 1996, Shweder, 1990).

La historia del estudio de la relación entre cultura y psicología ha sido presentada con detalles considerables por Jahoda (1993). Los estudios de procesos psicológicos en la antigüedad y la Edad Media por lo general, contrastaban los procesos psicológicos universales, asumidos en una posición “*inferior*” (Jahoda y Krewer, 1997). De este modo, los historiadores griegos antiguos tenían dos ideas: 1) La gente en todas las culturas es etnocéntrica y, 2) La ecología conduce a relaciones de reciprocidad entre las instituciones de la personalidad, cultura, y lo social. Estas dos ideas son el primer punto de partida en el que se fundamenta el origen de la psicología cultural. Esta visión surgió de nuevo en la antropología psicológica (Whiting, 1994) y en la psicología moderna (Berry, 2003; Cohen, 2001; Nisbett, 2003; Triandis, 1972).

La cultura se construye con base a referentes objetivos que son históricos y producidos por la civilización que precede al individuo; al hacerlo, se establecen una serie de normas, pautas y suposiciones no habladas entre sujetos del grupo o sociedad a la que pertenece el individuo. Sin embargo, los actores sociales adquieren un rol activo; si bien existen referentes y elementos “*objetivos*” de la cultura, los individuos asimilan esa cultura y la re-interpretan en lo subjetivo. Es debido a este proceso que las configuraciones identitarias tienden a ser distintas entre grupos pertenecientes al mismo territorio y la misma cultura.

Los grupos etarios resultan de particular interés a la hora de analizar los procesos de aculturación y reproducción de la cultura en contextos y territorios compartidos. Las divisiones hechas con base a las edades y grupos generacionales son manipulables y resultan en luchas de poder por determinar quién pertenece a un grupo y quién a otro (Bourdieu, 1990). Estudiar las juventudes nos permite conocer el estado de la cultura, los elementos que se apropian, los que se reinterpretan y los que se crean desde cero.

IDENTIDAD CULTURAL JUVENIL

La identidad es inseparable de la cultura, la identidad se forma a partir de ella, a través de los grupos a los que se pertenece (Giménez, 2004). La identidad es una construcción discursiva y todo discurso es en términos generales, la expresión, la definición de algo sobre algo. Cuando hablamos de nuestra identidad, estamos construyendo un discurso, ese discurso va a mostrar la pertenencia y a la vez

la diferencia sobre un sustento concreto, la cultura. Entonces, la pertenencia se construye como una representación que refleja lo que un grupo piensa que es. La cultura evidencia lo que ese grupo es. La identidad permite decir, hablar, construir un discurso sobre lo que se piensa que se es (García y Baeza, 2002).

Por consiguiente, la identidad cultural constituye un proceso sociopsicológico de comunicación cultural, el término identidad cultural indica, sin dudas, un concepto relacional que asocia a la cultura y a la identidad. Como se ha mencionado hasta este momento, la cultura es una construcción simbólica de las prácticas sociales, es una realidad objetiva y subjetiva que conlleva manifestaciones y representaciones que otorgan significado a los actores sociales, que son quienes lo ponen en práctica. La identidad es un discurso que permite que el actor social pueda decir “*yo soy o nosotros somos esto*”, pero que solo pueden construirse a partir de la cultura (García y Baeza, 2002).

Por lo tanto, la interacción que se mantiene entre los integrantes de la comunidad para conformar su identidad cultural se da en un lugar específico que se denomina territorio, entendido este como un “*espacio apropiado por un grupo social para asegurar su reproducción y la satisfacción de sus necesidades vitales, que pueden ser materiales o simbólicos*” (Giménez, 2005, p. 9). Dicho territorio guarda una relación estrecha con la identidad cultural, dado que brinda un sentimiento de pertenencia a múltiples colectivos que lo consideran como un símbolo socio-cultural. Respecto a estos territorios, Giménez (1999) considera que “se trata de territorios-signos que se consideran también como una herencia común, como la tierra de los padres y de los antepasados” (p. 111), “con relación a los cuales todos se sienten y se comportan como descendientes genuinos y como hermanos de sangre” (Tönnies, 1947 como se citó en Pollini, 1987, p. 201).

Al conjuntar la identidad con el territorio, podríamos ubicar las identidades juveniles como “construcciones sociohistóricamente situadas y significadas” (Valenzuela, 2009, p. 35). Lo anterior implica asumir que dichas identidades juveniles “se construyen a partir de relaciones sociales inscritas en redes de poder y, frecuentemente, se establecen a partir del grupo socioeconómico” (Valenzuela, 2009, p. 37).

Según Valenzuela (2009), los jóvenes conforman identidades transitorias pues “son cambiantes, se construyen y reconstruyen en la interacción social y no son adscripciones cristalizadas o esencialistas, ni están linealmente definidas por los procesos económicos o por otros campos relacionales ya señalados” (p. 37). Por tanto, más allá de observar los cambios físicos y biológicos, lo que importa es enfatizar los cambios, sus significados y su inserción dentro de la

dinámica sociocultural de la sociedad, pues los jóvenes se encuentran insertos en esta dinámica.

Por último, las identidades juveniles son resultado de procesos de disputa y negociación entre las representaciones sobre la juventud. Respecto a esto, Valenzuela (2009) observa que,

...conjuntamente con este proceso de heterorepresentación [es decir, representaciones externas sobre la juventud] se encuentran las autopercepciones desde los propios jóvenes. [...]. Las auto y las hetero percepciones se inscriben en ámbitos relacionales desde los cuales se construyen los imaginarios colectivos sobre los jóvenes. (p.36)

Como se ha visto a lo largo de las líneas anteriores, la identidad representa un dilema y un tema de debate relevante que compete a distintas disciplinas sociales. Al momento de traer este debate al campo de la juventud, una nueva complejidad es creada: los jóvenes son vistos como sujetos sociales más allá de su biología, más allá de las perspectivas clásicas que los ubicaban como individuos insertos en una etapa del desarrollo. La juventud se revela a sí misma como un sector social complejo, que se experimenta en concordancia con los contextos sociales específicos en los que surge y, de igual manera, las identidades juveniles se construyen dentro de estas distintas realidades sociales.

¿De qué manera esta nueva complejidad se observa dentro de la investigación académica? A continuación, se presenta una compilación de trabajos científicos que parten desde los supuestos anteriormente expuestos.

INTERVENCIONES Y JUVENTUDES

La identidad no es un elemento o “*parte*” del individuo que se pueda encontrar en un aspecto como la biología o que se pueda atribuir solo a fuerzas internas del sí mismo. Es más bien la serie de construcciones que los individuos, en este caso, los jóvenes, tienen de sí mismos y que están mediadas y co-construidas por las interacciones que tienen con los Otros en la vida cotidiana y que se van transformando en un proceso continuo de identificación-diferenciación con el otro, sin importar la etapa de la vida en la que se encuentre.

La vida social juega un rol importante en la formación de las identidades. Es por ello que las intervenciones que se reportan en este capítulo se han realizado a lo largo de ocho años en diferentes contextos. Estos lugares tienen tonalidades

diversas. Iniciamos con una investigación realizada en el Estado de México, con jóvenes otomíes (Monroy et al., 2016). Estos hombres y mujeres se encuentran en un proceso de transformación y transición de los elementos culturales establecidos de forma tradicional dentro de su grupo étnico. Entre los elementos más representativos que se pueden destacar, podemos encontrar que las mujeres jóvenes otomíes están saliendo de la comunidad a estudiar la universidad, siendo la primera generación en realizarlo. Por el contrario, los hombres no buscan la formación universitaria, de hecho mantienen un rol más tradicional. Una de las principales razones que refieren para no seguir estudiando es el “*ganar dinero*” porque se asumen como proveedores principales del futuro sustento familiar.

Continuando con las intervenciones realizadas, se aborda el caso de las mujeres jóvenes **mexican-american** de primera generación (Espinosa-Dulanto y Monroy, en prensa), que estudian la Universidad en una institución extranjera, específicamente en Brownsville, Texas. Estas mujeres han librado un sinfín de vicisitudes, en ambos países, ya que tienen una identidad cultural escindida y están en constante conflicto. Por un lado, desean mantener los elementos culturales mexicanos, aprendidos en el seno familiar, y por el otro, transformarlos para adecuarse al contexto actual en el que se desarrollan, que es en la Universidad en Estados Unidos. Estas transiciones las someten a realizar esfuerzos extenuantes de continuas prácticas identitarias, que generan una hibridación cultural, de la cual en ocasiones no se percatan, pero tampoco pueden separarse, porque se complementan e interactúan para configurar su realidad.

Por último, se trabajó un escenario en el norte del país con estudiantes universitarios (Monroy, Valdés y Romero, en prensa) de las carreras de psicología, historia y ciencias de la comunicación en la ciudad de Saltillo, Coahuila. Allí se observó cómo las identidades subyacen cuando se conjuntan espacios que están atravesados por la historia, el territorio y los elementos culturales de tradición y se buscó desarrollar y contextualizar los elementos culturales más significativos encontrados en las y los jóvenes. Estos elementos se hallan en un escenario más tradicional, incluso se podría afirmar que algunos se comparten con los jóvenes de la comunidad étnica, ya que se mantienen permanentes en la identidad juvenil saltillense. Entre ellos encontramos: las fiestas tradicionales, los rituales religiosos típicos, el consumo desmedido sobre productos de segunda o tercera necesidad, influenciado por la cercanía geográfica con Estados Unidos, la cual va inoculando los elementos culturales que se van hibridando en la ciudad y, sobre todo, en la vida de las y los jóvenes.

En este sentido, la cultura y la identidad convergen para configurar pautas y prácticas identitarias en individuos pertenecientes a territorios específicos, de ahí la relevancia que tiene revisar la cultura para el análisis de la identidad.

CONSIDERACIONES FINALES

A partir de las reflexiones desarrolladas, podemos observar la complejidad del tema de identidad en general y, en específico, de la identidad cultural, aunado al abordaje del mismo a la(s) juventud(es), elemento que hace aún más difícil llegar a un consenso pleno. Sin embargo, esto permite la posibilidad de explorar en el laberinto del entendimiento del comportamiento humano a partir de los variados contextos —tanto de carácter ambiental como, sobre todo, de las diversas vías de integración de las interacciones humanas—, y desde una gama de posturas teóricas surgidas de las ciencias sociales. Pretender siquiera comprender las diferentes identidades es una tarea ardua e interesante que nos trae a la mente la complejidad humana. La identidad y, específicamente, la identidad cultural determinan nuestro actuar cotidiano. Aunque la simpleza de considerar que las circunstancias nos lleven a un efecto “si *a* entonces *b*”, quede enormemente rebasada, esperemos colaborar para repensar desde diferentes perspectivas la subjetividad presente en cada uno de nosotros.

Existen amplias y diferentes perspectivas para repensarnos, desde aquellas impuestas por el Estado, las miradas hegemónicas tanto de los legos como de los teóricos, desde los cotos de poder e incluso desde nuestra propia mirada, asignándonos tales o cuales características que en muchas ocasiones dependerán hasta de la edad, siempre intentando comprender al ser social.

REFERENCIAS

- Berry, J. W. (2003). Conceptual approaches to acculturation. En K. M. Chun, P. Balls Organista, y G. Marín (Eds.), *Acculturation: Advances in theory, measurement, and applied research* (pp. 17-37). Washington, DC, US: American Psychological Association.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: Editorial Grijalbo.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.

- Carver, C. S., y Scheier, M. F. (2014). *Teorías de la personalidad*. México: Pearson Educación.
- Cohen, D. (2001). Cultural variation: Considerations and implications. *Psychology Bulletin*, 127, 451-471.
- Cole, M. (1996). *Cultural Psychology: A one and future discipline*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Cueli, J., Reidl, L., Martí, C., Lartigue, T., y Michaca, P. (1990). *Teorías de la personalidad* México: Trillas.
- Daros, W. R. (2005). El Problema de la identidad. Sugerencias desde la filosofía clásica. En *Invenio: Revista de investigación científica*, 8(14), 31-44.
- DiCaprio, N. S. (1989). *Teorías de la personalidad*. México: McGraw-Hill Interamericana.
- Erikson, E. H. (1980). *Identidad, juventud y crisis*. España: Taurus.
- Fernández, E. (2012). Identidad y personalidad: o como sabemos que somos diferentes de los demás. En *Revista Digital de Medicina Psicosomática y Psicoterapia*, 2(4), 1-18.
- García, C. y Baeza, R. (2002). Identidad cultural e investigación: hacia los pasos una vez perdidos. Cuba, La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.
- Gelles, R. J., y Levine, A. (2000). *Sociología con aplicaciones en países de habla hispana*. México: McGraw-Hill Interamericana.
- Giménez, G. (1996). *La identidad social o el retorno del sujeto en Sociología Identidad: análisis y teoría, simbolismo, sociedades complejas, nacionalismo y etnicidad*. III Coloquio Paul Kirchhoff. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Giménez, G. (1997). Materiales para una teoría de las identidades sociales. En *revista de la Frontera norte*, 9 (18), 9-28.
- Giménez, G. (1999). La moda de las identidades: identidades y conflictos étnicos en México. En Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades (Ed.), *La sociedad mexicana frente al tercer milenio* (pp. 95-123). México: Miguel Ángel Porrúa.
- Giménez, G. (2004). Culturas e identidades. En *Revista Mexicana de Sociología*, 66, 77-99. doi: 10.2307/3541444
- Giménez, G. (2005). Territorio e identidad. Breve introducción a la geografía cultural. *Trayectorias*, 7(17), 8-24.
- Giménez, G. (2016). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. Guadalajara, México: Universidad Iberoamericana.

- Goffman, E. (2006). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Guerrero, P. (2002). *Antropología y cultura. Una mirada crítica a la identidad, diversidad, alteridad y diferencia*. Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- Herskovits, M.J. (1955). *Cultural anthropology*. New York: Knopf.
- Íñiguez, L. (2001). Identidad: De lo Personal a lo Social. Un Recorrido Conceptual. En E. Crespo (Ed.), *La constitución social de la subjetividad* (pp. 209-225). Madrid: Catarata.
- Jahoda, G. (1993). *Crossroads between culture and mind*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Jahoda, G. & Krewer, R. (1997). History of crosscultural and cultural psychology. En J.W. Berry, Y.H. Poortinga y J. Pandey, (Eds.), *Handbook of crosscultural psychology* (pp. 1-42). Boston: Allyn y Bacon.
- Jáuregui, I., y Méndez, P. (2005). La identidad: el gran delirio de Occidente. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 11(1).
- Kail, R. V., y Cavanaugh, J. C. (2011). *Desarrollo humano. Una perspectiva del ciclo vital*. México: Cengage Learning.
- Mercado, A., y Hernández, A. V. (2010). El proceso de construcción de la identidad colectiva. En *Revista Convergencia*, 17, 229-251.
- Monroy, I., Benjet, C., e Ito, E. (2016). Mujeres jóvenes otomíes: de la tradición a la transformación. *Alternativas en Psicología*, 18(33), 82-97.
- Montaño, M., Palacios, J., y Gantiva, C. (2009). Teorías de la personalidad. Un análisis histórico del concepto y su medición. *Psychologia. En Avances de la disciplina*, 3(2), 81-107.
- Navarrete-Cazales, Z. (2015). ¿OTRA VEZ LA IDENTIDAD? Un concepto necesario pero imposible. En *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 20(65), 461-479.
- Nisbett, R. (2003). *The geography of thought*. New York: Free Press.
- Quintana, L. (2016). Enfoques y críticas del concepto de identidad. En *PODIUM*, 2016(29), 43-60.
- Ritzer, G. (2010). *Teoría sociológica clásica* (3º ed.). España: McGraw-Hill.
- Shweder, R.A. & LeVine, R.A. (1984). *Culture theory*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Shweder, R.A. (1990). Cultural Psychology, what is it? En Stigler, Shweder y Herdt (Eds.), *Cultural psychology* (pp. 1-46). UK: Cambridge University Press.
- Tönnies, F. (1947). Comunidad y sociedad. En G. Pollini, (1987). *Appartenenza e identità*. Milán: Franco Angeli.

- Torregrosa, J. R. (1983). Sobre la identidad personal como identidad social. En J. R. Torregrosa y B. Sarabia (Eds.), *Perspectivas y contextos de la psicología social* (pp. 217-240). Barcelona: Editorial Hispano Europea.
- Tortorelli, M. (2015). Identidad y mito de la autoctonía en la Grecia antigua. La tierra, los hijos de la tierra. En *Anales de historia antigua, medieval y moderna*, 49(2015), 5-14.
- Triandis, H.C. (1972). *The analysis of subjective culture*. New York: Wiley.
- Valenzuela, J. M. (2009). *El Futuro ya fue. Socioantropología de l@s jóvenes en la Modernidad*. Tijuana, Baja California, México.
- Valenzuela, J. M. (2014). Tropes juveniles: culturas e identidades (trans)fronterizas. México.
- Vargas, R. (2014). Reflexiones teórico-metodológicas sobre el estudio de la identidad, a partir de las aportaciones de tres sociólogos clásicos: Marx, Durkheim y Weber. En *Revista Intersticios sociales* (8), 1-25.
- Vigotsky, L. S. (1987). *Historia del desarrollo de las Funciones Psíquicas Superiores*. Ed. Científico Técnica: Ciudad de la Habana, Cuba.
- Whiting, J. W. M. (1973, Noviembre 29). A model for psychological research. Lecturas distinguidas de la Asociación Americana de Antropología, New York. En Chasdi, (1994), *Culture and human development* (p. 89-101). New York: Cambridge University Press.